

V. CHINA, LA POTENCIA INEVITABLE

*Xulio Ríos**

El ascenso de China parece imparable. De un año a otro escala posiciones en todos los aspectos y se está convirtiendo, según la opinión de numerosos expertos, en el principal factor de la economía mundial, un hecho que puede y debe calificarse de positivo para contrarrestar los tradicionales centros de hegemonía económica.¹ Por otra parte, la sexta economía del mundo crece de forma tan rápida que necesita consumir enormes cantidades de materias primas para sostener ese crecimiento y esto está provocando fuertes distorsiones en los mercados mundiales. China es ya el mayor consumidor del mundo de cemento, carbón, acero, níquel y aluminio y el segundo importador de petróleo. Su crecimiento en 2004 fue del 9,7% frente al 9,1% del año anterior.

En el año 2004 se produjo, además, una novedad esencial: China ya no sólo es el principal receptor de inversiones extranjeras sino que también figura entre los primeros inversores del mundo. Según la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), en breve plazo ocupará la quinta posición en el grupo de países que más flujos de inversión directa emiten, por delante de Japón.² La compra por la empresa china Lenovo de la división de ordenadores de IBM, para formar un gigante informático que será la tercera mayor empresa del sector, indica que este país se adentra en una nueva etapa en la que su pujanza interior va a ganar peso e influencia en todo el mundo, aportando más visibilidad a su crecimiento y una imagen

* Xulio Ríos es director del Instituto Gallego de Análisis y Documentación Internacional (IGADI) y miembro del consejo asesor de Casa Asia.

¹ Argenpress, 15 de abril de 2004.

² *Expansión*, 5 de mayo de 2004.

moderna y atractiva a sus empresas. El gobierno apuesta por la internacionalización con el propósito de asegurar el acceso a recursos naturales y materias primas que son necesarios para sostener el acelerado funcionamiento de su economía, pero también trata de configurar alianzas con entidades que poseen marcas de prestigio y pueden facilitar su gran salto al exterior. No hay tiempo para actuar de otra forma: mejor comprar o aliarse que competir con identidad propia.

Como reconocimiento a esta evolución, el G-7, reunido en octubre en Washington, abrió sus puertas a China. Ésta participó parcialmente, por primera vez, en un encuentro en el que la discusión sobre la reevaluación de la divisa china, el *reminbi*, fue uno de los temas principales de la agenda. En noviembre, la gira del presidente Hu Jintao por América Latina despertó enormes expectativas en toda la región, donde ya supera a Japón como principal mercado de sus exportaciones, con crecimientos del 50% del comercio bilateral de año en año.³ Paralelamente, en el ámbito regional prepara un acuerdo de libre comercio que abarcará a 1.800 millones de consumidores en los diez países del suroeste asiático. Con la UE las relaciones también se amplían y ya ocupa la posición de segundo socio comercial de la Europa ampliada. La gira de Hu Jintao, a primeros de 2004, por algunos países del continente africano, alumbró esperanzas de que las inversiones chinas no ignorasen las zonas más desfavorecidas del planeta, aunque aquí el componente estratégico (energético y político) es más decisivo aún.

Pobreza, desigualdad y reformas económicas

Esta realidad deslumbrante, muestra de los incuestionables progresos de China en el orden económico, coexiste sin embargo con fracturas internas (regionales, sociales y étnicas) cada vez más evidentes, que obligan a moderar la admiración y a una cierta preocupación por la fragilidad de un desarrollo que aún margina a importantes sectores de la población. La reaparición del fenómeno de la pobreza, como tendencia al alza después de 25 años consecutivos de progresiva y drástica disminución, cuestiona la eficacia de las políticas centrales y pone en eviden-

³ *La Nación*, 8 de noviembre de 2004.

cia tanto la insuficiencia de las inversiones como la ignorancia deliberada de los costes sociales del desarrollismo: la privación de la tierra, por ejemplo, promovida a través de pseudo-expropiaciones expeditivas para atender las necesidades urbanizadoras, se efectúa sin medidas compensatorias adecuadas, lo que empuja a muchos campesinos a la pobreza y al desarraigo.

En el campo, los problemas tradicionales de alimentación y vestido se han vuelto crónicos para muchos ciudadanos. En la década de los noventa la situación había mejorado a una media de seis millones por ejercicio, pero en los primeros años del nuevo siglo, esa cantidad se ha reducido a la tercera parte. Las diferencias de renta entre los campesinos normales y la población rural pobre han pasado de una relación de 1-2,45 en 1992 a 1-4,12 en 2003. El aumento de la pobreza en el medio rural es indicativo de un deterioro más general que refleja el retroceso o estancamiento del nivel de vida en el campo.⁴ Mientras, en el medio urbano a nadie asombra el desembarco de la marca automovilística Ferrari para seducir a los 50.000 multimillonarios que integran la limitada población con acceso a bienes de lujo en China.

Tras dos años de la integración en la Organización Mundial del Comercio (OMC), Pekín se ha sumado con iniciativa y entusiasmo a la inevitable adaptación. Está en marcha la apertura a gran escala de los servicios públicos tanto a capital foráneo como privado, y se está liquidando progresiva y parcialmente el monopolio estatal en servicios como el suministro de energía, agua, gas y transporte público. En las principales ciudades se han puesto en marcha reglamentos y licitaciones para liberalizar estos sectores, con el objetivo no sólo de conseguir capital externo que alivie la insuficiencia de recursos para modernizar muchas infraestructuras que se han quedado obsoletas, sino de modificar la estructura de capital del sector y liquidar los monopolios públicos.

Pasados veinticinco años del inicio de la reforma, parece que ha llegado el momento de hacer efectivo un anuncio tantas veces reiterado en la última década como posteriormente aplazado. Oficialmente se sigue negando el proyecto de una privatización en masa y se pone el acento en la descentralización de los monopolios estatales, en muchos sectores a los que se facilitará el acceso a los inversores privados extranjeros y

⁴ China-Afrique, febrero de 2004.

chinos. Antes era prácticamente imposible materializar cualquier inversión en las grandes compañías estatales. Sin embargo, Li Rongrong, presidente de la Comisión de Supervisión y Administración de Activos Estatales, ente creado para dirigir y controlar el proceso, ha dejado claro que a partir de ahora no sólo se autorizarán las inversiones en los negocios de pequeña escala. Buena parte de las empresas estatales reestructurarán su capital y el estado renuncia de antemano a poseer la mayoría. Para acompañar el proceso se apuesta por fortalecer las garantías legales y modernizar los mecanismos financieros, lo que se considera una cuestión prioritaria.

El Banco Comercial de China, el Banco Agrícola de China, el Banco de China y el Banco de Construcción de China son las cuatro entidades financieras de capital exclusivamente chino y propiedad estatal. Forman el cuerpo principal del sector bancario. Sus activos globales representan casi el 60% de los activos bancarios del país pero, debido a su deficiente administración y atraso en los servicios y a la estructura del negocio, más del 21% de sus créditos son fallidos, frente al 4% que registran los bancos extranjeros establecidos allí. Este dato muestra el momento arriesgado que atraviesa el sector financiero en la economía de mayor crecimiento del mundo, sobre todo teniendo en cuenta que dentro de dos años este mercado debe quedar completamente abierto a las instituciones bancarias de capital foráneo. Los bancos comerciales de propiedad estatal y capital exclusivamente chino no lo van a tener fácil para hacer frente a la competencia internacional.

Numerosas voces han advertido sobre los riesgos de esta nueva etapa, especialmente en dos dominios: los efectos especulativos de las fusiones y adquisiciones entre compañías y la capacidad de la red de Seguridad Social para asumir el desafío que va a suponer una nueva incorporación de desempleados al mercado de trabajo. En cualquier caso, a diferencia de los primeros años noventa —cuando muchos se opusieron a la propuesta de transformación de las empresas estatales en sociedades anónimas porque suponía una desviación del camino socialista y un regreso al capitalismo—, ahora, después de que el Partido Comunista Chino (PCCh) refrendara en 1997 que el sistema de acciones es «una forma de estructura del capital que puede aplicarse tanto en el marco del capitalismo como del socialismo», se habla de las posibles consecuencias pero no se cuestiona el entusiasmo reformista.

Paralelamente a la intensificación de la reforma, se plantea un reajuste en la estrategia de desarrollo que compense la obsesión por el rápido crecimiento, constante de las últimas décadas, con la atención al progreso social. En esta nueva formulación han pesado las llamadas de atención acerca de la excesiva explotación de los recursos y el notable incremento de las desigualdades sociales y los desequilibrios territoriales. La nueva orientación ha supuesto la fijación a la baja de las previsiones de crecimiento, en torno al 8% en los próximos dos años.

También se trata de afianzar la idea de la «prosperidad común» (no de la «prosperidad igual», como enfatiza el economista Hu Angang, de la Universidad Xinhua).⁵ El igualitarismo que fue erradicado por Deng Xiaoping al permitir enriquecerse a unos antes que a otros no regresará, pero la estabilidad social exige el establecimiento de fórmulas de equilibrio que permitan que todos los ciudadanos se beneficien de la mejora de la situación económica. De nada sirven las altas tasas de crecimiento si los ingresos de los campesinos no aumentan ni se fomenta el empleo o se potencia una red de servicios públicos que amortigüe los costes sociales del cambio.

Zhao Zhenhua, subdirector del Departamento de Economía de la Escuela del Partido, asegura que la brecha entre los ingresos individuales se ha ampliado, tanto en el ámbito rural como en el urbano. En ambos hay una pobreza más estructural. Igualmente se ha profundizado la brecha entre los residentes rurales y urbanos, la más notoria debido al lento aumento de la renta campesina. Otro tanto ocurre entre las regiones, con crecimientos muy dispares de este a oeste. Y, por último, también entre las diversas industrias tiende a ensancharse la disparidad de ingresos. Zhao Zhenhua reconoce que ningún otro país del mundo presenta una diferencia tan elevada entre los residentes urbanos y rurales.⁶

Los factores naturales, el déficit ecológico de la reforma, también forman parte de este nuevo esquema de la vulnerabilidad china, hasta ahora carente de análisis sobre la deficiencia de sus recursos a este nivel. El coste de dilapidación de recursos y medio ambiente debe formar parte del cálculo del Producto Interior Bruto (PIB), asegura Ma Zhong,

⁵ Xinhua, 5 de marzo de 2004.

⁶ China-Afrique, febrero de 2004.

profesor de la Universidad del Pueblo Chino, quien reivindica un PIB «verde» y el paso de un modelo de crecimiento extensivo a otro intensivo, caracterizado por bajo nivel de consumo.

La triple representación

Muchos aseguran que se trata de concepciones cosméticas, justificadas casi en exclusiva por la necesidad de dar satisfacción al ex jefe de estado Jiang Zemin, quien desea verse equiparado a Mao Tse Tung o Deng en los anales de la histórica contemporánea china. Sin embargo Xu Xianming, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Beida, asegura que conceptos como la triple representatividad o los derechos humanos disponen del potencial ideológico suficiente como para dar un vuelco en los valores sustentados por el estado.⁷

La triple representatividad, formulación teórica que dio a conocer Jiang Zemin en febrero de 2000, tiene por objeto establecer un vínculo de representación del PCCh con las fuerzas más avanzadas de la sociedad, ya sea en el ámbito de la producción, la cultura o, en general, la mayoría del pueblo chino. Se trata de afirmar la condición dirigente del PCCh, no ya como fuerza de vanguardia de una clase obrera muy marginada en lo esencial sino de todo el pueblo, incorporando a los nuevos estratos sociales que emergen como consecuencia de la evolución del socialismo con peculiaridades chinas. Según Jiang Zemin, esa transformación, constitucionalizada como un desarrollo del marxismo-leninismo, debe garantizar en el futuro la posición preeminente del Partido en la sociedad y el estado.

Esta mención a la triple representatividad debe contextualizarse en el marco de otras precisiones «menores» que fueron incorporadas a las secciones del Preámbulo y los principios generales de la Constitución, en la reforma aprobada en marzo por el Parlamento. Éstas profundizan en ideas como que China se hallará en la etapa primaria del socialismo durante mucho tiempo, que la cooperación entre partidos bajo la dirección del PCCh y el sistema de consultas políticas existirá y se desarrollará por un largo periodo, o la adopción de un sistema de economía de

⁷ Beijing Information, octubre de 2004.

mercado socialista, con la propiedad pública como sector dominante y las otras formas de propiedad como opciones paralelas.

La nueva regulación constitucional del derecho de propiedad, motivada en parte por el ingreso en la OMC y la exigencia de adaptación a los cánones internacionales, no ha alterado la cuestión tabú de la tierra, pero proporcionará un nuevo e importante impulso a la empresa privada.⁸ A finales de 2000, según fuentes oficiales, ésta representaba el 33% del PIB, con 18 millones de empresas, doscientos millones de empleados y treinta millones de autónomos. China parece atravesar una nueva frontera, despejada en lo ideológico en el XVI Congreso del PCCh (en noviembre de 2002). Sin embargo, debe ser matizada por la influencia cultural del confucianismo, que tiene todavía gran peso y actúa, conscientemente o no, como un substrato que modela las conductas y las conciencias. La propiedad siempre tendrá un dilatado fondo social: «Viendo las ganancias a obtener, piensa en la justicia», destacaba Confucio como una de las nueve meditaciones para ser un hombre de perfecta virtud.

Por lo que respecta a los derechos humanos, su entronización en la Carta Magna es inseparable del compromiso por afirmar el impulso de las tres «civilizaciones», es decir, la material, la espiritual y la política, de forma coordinada. Se asume que, a partir de ahora, el estado debe aplicarse más a la construcción de una sociedad más sana y equilibrada respetando la ley, referencia que debe ser irrenunciable para todos los estamentos del Partido y el estado. Sin embargo, en la práctica no cabe aguardar cambios sustanciales en esta materia.

El debate previo a la reforma constitucional no fue del todo pacífico. En una conferencia del Comité Central del PCCh que se celebró en la sede del gobierno el 26 al 28 de agosto de 2003 hubo algunos rechazos a las propuestas. También se formularon iniciativas de revisión general de la Constitución, como ya se había hecho en 1975, 1978 y 1982, al entender que el actual texto, incluso con las modificaciones introducidas desde los años ochenta, no refleja la realidad social.

Algunos analistas, como Wang Yukai, atisban en estos cambios los inicios de una reforma política cautelosa, que debe avanzar en la supervisión de los niveles superiores del Partido y hacer hincapié en la limi-

⁸ Beijing Information, noviembre de 2004.

tación de los abusos de poder y en la corrupción. Pero es, en todo caso, una reforma dentro del sistema, que asegura la estabilidad y por ello es auspiciada de arriba hacia abajo y condicionada al avance de la reforma económica. ¿Es esto posible en un momento en que aumentan las influencias del mundo exterior? El Partido sigue decidiendo en China sobre las políticas fundamentales. Sin embargo, también deberá tener en cuenta las reglas de la OMC a la hora de decidir sobre cualquier política y, por tanto, su capacidad de maniobra se puede ver limitada. Es el centro del poder pero ya no tiene todo el poder. Y todos, Partido y gobierno, deben aceptar restricciones. Pero no es lo mismo que la iniciativa provenga del propio régimen que de fuerzas exteriores. Por eso, la mejora del sistema jurídico-político será el espejo de la reforma en los próximos años.

La nueva institucionalidad

La renuncia de Jiang Zemin a seguir presidiendo la Comisión Militar Central, en favor de Hu Jintao —que dos años después de tomar el relevo acumula los tres principales cargos del país, ya que también es secretario general del PCCh y presidente del estado—, se puede contextualizar en ese intento de establecer una nueva institucionalidad que, sin copiar el modelo occidental, defina unas reglas de juego que todos deben aceptar. Esas reglas (nadie mayor de setenta años en el Politburó, nadie más de dos mandatos consecutivos, consenso para la elección de los dirigentes principales, etc.) constituyen toda una revolución en el ejercicio del papel dirigente del Partido.

Unos días antes de formalizarse esa renuncia, Hu Jintao compareció ante la opinión pública para proclamar que China nunca seguiría el rumbo de los países occidentales.⁹ Hu insistió en la definición de un modelo propio, adaptado a las necesidades de un país con coordenadas singulares que no se desean eliminar sino cultivar y desarrollar. La declaración sirvió para aclarar de forma solemne que no habrá cambio de rumbo. Pero también enfatizaba la otra idea: disponemos de la capacidad de definir una institucionalidad diferente, de establecer mecanismos

⁹ *El País*, 16 de septiembre de 2004.

de sucesión civilizados y pactados sin que una crisis política dañe la estabilidad del país o suponga el destierro o el cautiverio. Es lo que se denomina mejorar la capacidad gobernante del Partido.

Que Jiang aceptara renunciar antes de tiempo, aunque las resistencias fueron importantes, revela la habilidad y eficacia de Hu Jintao, pero también la existencia de un colectivo importante en el seno del liderazgo chino que apuesta por nuevos métodos de dirección y nuevos procedimientos, más regulares y dignos de confianza, para sus propios miembros y para el conjunto de una sociedad que en numerosas ocasiones ha sido objeto de moneda de cambio y manipulación para reforzar las posiciones de las diferentes facciones en conflicto. No es ajeno a todo ello el esfuerzo de adaptación que se ha promovido en los últimos años para asegurar no sólo la modernización del estado sino su relación con la sociedad.

Decir que en China predomina el inmovilismo político no se ajusta totalmente a la realidad. Ha habido transformaciones importantes en los modos de actuar que se acentuarán en los próximos años. El objetivo es invariable, es decir, perpetuar el dominio del PCCh, aunque adaptado al contexto económico, social e internacional actual. El monopolio del partido-estado sobre la política o los pilares esenciales de la economía no se ha cuestionado, pero se ha tendido la mano a las nuevas elites y se ha potenciado la independencia de mecanismos para la resolución de conflictos o sistemas de consulta más o menos institucionalizados—incluso mecanismos proto-democráticos— en el aparato del Partido. El proceso ha permitido estabilizar el funcionamiento de las instituciones y una mayor discreción del Partido en ciertas áreas, como consecuencia de la interiorización de la necesidad de desideologizar algunos ámbitos del poder.¹⁰

En el horizonte político inmediato no hay signos de impulsos democratizadores profundos, pero sí el deseo de dejar atrás para siempre los movimientos de masas del pasado y sustituirlos por una completa institucionalización del sistema político que, en torno al desarrollo económico, el nacionalismo y una mayor proyección internacional, aseguren la nueva legitimidad del régimen. Esa orientación, que lidera Hu

¹⁰ Jean-Pierre Cabestan, «La Chine évoluerait-elle vers un autoritarisme «éclairé» mais ploutocratique?», *Perspectives chinoises*, N° 84, julio-agosto de 2004.

Jintao, pretende establecer y consolidar instrumentos que permitan abrir espacios para la gestión de las crisis, asegurar la estabilidad social y reforzar la legitimidad del régimen, tanto a nivel interno como internacional. Esto se basaría en una sólida alianza entre el PCCh y las nuevas elites emergentes, mediante mecanismos que faciliten su participación en la gestión del sistema. En estos ámbitos es donde ha avanzado, por ejemplo, la libertad de expresión, al igual que en el medio académico. Sin embargo, sus proyecciones no alcanzan a las inmensas mayorías obreras y campesinas que deberían ser consideradas la base sociopolítica del régimen.

A través de la teoría de las tres representaciones y otros mecanismos, el PCCh se ha asegurado la lealtad de los sectores más dinámicos de la sociedad, aunque toda acción política heterodoxa, pública y organizada será objeto de represión inmediata y severa. Esto significa que se facilitará e incluso promoverá la participación en el poder mediante consultas generalizadas con las elites a todos los niveles (algo que ya ocurre, y éstas se sienten orgullosas de su papel y de su influencia) pero sin cuestionar la orientación política del sistema.

Desafíos territoriales

Se han producido tensiones con la minoría hui en la provincia de Henan, en el centro de China, aparentemente iniciadas por un accidente de tráfico pero que resultaron en un balance de numerosos muertos y heridos. A ello se suman las habituales con las minorías tibetana o uigur. Ahora hay que añadir el rechazo de miles de ciudadanos de Hong Kong al intento de acentuar la interferencia en la vida política local.

En las elecciones de septiembre en la ex colonia británica, el triunfo de la oposición fue menos contundente de lo esperado y, en cualquier caso, insuficiente para intranquilizar a las autoridades chinas. En estos comicios se elegía directamente la mitad de los puestos del Consejo Legislativo o Parlamento local, seis más que hace cuatro años, según la fórmula pactada en el momento de la retrocesión de Hong Kong, en 1997. El resto de los puestos debía cubrirse mediante la designación de representantes por parte de diversos colectivos profesionales que, de un modo u otro, están influenciados por las autoridades centrales. Sólo reduciendo el peso de estos colectivos podría ganar credibilidad la autonomía.

La obtención de tres escaños más provocó una considerable decepción en las filas de los llamados demócratas, porque son insuficientes para presionar a las autoridades de Pekín y forzar una mayor rapidez en el proceso de universalización democrática. Ya estaba descartado que en 2007 se pudiese elegir directamente al primer ministro. En 2008 tampoco habrá elección directa del Parlamento. Nada se moverá antes de 2012. Tarde o temprano Pekín tendrá que ceder, entre otras razones, porque si no avanza el proceso en Hong Kong le será muy difícil normalizar las relaciones con Taiwan. Sin embargo, con estos resultados, se alejan las posibilidades de la oposición de influir en el ritmo y las condiciones. China puede afrontar tranquila, también en esto, el horizonte de los juegos olímpicos que se celebrarán en Pekín en 2008.

Hay que recordar que, unos meses antes, el Legislativo chino había decidido que la suya es la única interpretación válida y aceptable de las disposiciones legales que figuran en los Anexos de la Ley Básica de Hong Kong, lo que provocó la salida a la calle de miles de ciudadanos como protesta. El presidente del Parlamento, Wu Bangguo, explicó que en eso consistía la aplicación del principio «un país, dos sistemas», la fórmula ideada por Deng Xiaoping para recuperar el control de la colonia.

En cualquier caso, Hong Kong es un problema menor en relación a Taiwan.¹¹ Pekín tenía la esperanza de una derrota de Chen Shuibian, el líder del soberanista Partido Democrático Progresista, en las elecciones presidenciales de marzo de 2004. Sin embargo esto no se produjo. En su visita a China en julio, la entonces consejera de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Condoleezza Rice, tuvo un intercambio de impresiones con Hu Jintao y Jiang Zemin en el que las autoridades chinas le reiteraron su «seria preocupación» por la evolución política en la «provincia rebelde».

La inquietud china es doble. Por una parte, la victoria presidencial de Chen Shuibian, apretada pero suficiente, iniciaba la cuenta atrás del calendario para la aprobación de una nueva Constitución en 2008. La adopción de esta Carta Magna asentaría un poco más la situación de hecho de Taiwan como un estado libre y democrático, escasamente reconocido internacionalmente pero cada vez más alejado del discurso

¹¹ Xulio Ríos, «El desafío taiwanés», *El Correo*, 8 de marzo de 2004.

unificador tradicional de las dos Chinas y aproximándose a la fórmula de la existencia de dos estados, dos realidades políticas netamente diferentes, a cada lado del estrecho de Taiwan. Esto es inaceptable para las autoridades continentales. La evolución, claramente orientada a definir una identidad específica taiwanesa poco o nada interesada en una unificación que —como ha señalado el presidente Chen aludiendo a Hong Kong— no garantiza de forma suficiente el respeto a los valores democráticos, podría colocar a China ante la tesitura de adoptar delicadas y graves decisiones en plena celebración olímpica.

El otro lado del triángulo de esta preocupación es EE UU. La dureza de la larga campaña electoral de las presidenciales de marzo y el referéndum simultáneo promovido por Chen Shuibian sobre la necesidad de elevar los gastos en defensa, interpretado desde Pekín como la reafirmación de la voluntad de independencia, generaron una pequeña crisis en las relaciones de Taipei con Washington. Esto provocó la dimisión de Theréese Shaheen, presidenta del Instituto Americano en Taiwan, al parecer por presiones de Pekín, muy molesto por la actitud pro-taiwanesa de la «embajadora». Esta dimisión provocó a su vez la del presidente del Consejo de Ministros de Taiwan, Eugene Y.H. Chien, en medio de numerosas críticas de una oposición que acusaba a Chen de llevar al país a un aislamiento muy peligroso.

En Pekín la reticencia no ha disminuido, pese a las declaraciones formales de Washington en sentido favorable a sus tesis, dado que se temen las consecuencias de su doble lenguaje. En las semanas previas a las elecciones legislativas de diciembre visitaron EE UU, entre otros, la vicepresidenta Annette Lu y el ministro de Asuntos Exteriores, Mark Chen. La confianza bilateral entre EE UU y Taiwan parece haberse restablecido rápidamente. Los llamamientos de Pekín a los tres ceses —dejar de vender armas avanzadas a Taiwan y reducir los vínculos militares con la isla, suspender todo intercambio oficial con las autoridades taiwanesas o dejar de apoyar a Taiwan para que sea admitido en organizaciones internacionales en las que se requiere ser un estado para ingresar— no han sido atendidos.

El apoyo estadounidense al ingreso de Taiwan en la OMC o la mayor tolerancia en el intercambio de visitas de alto nivel hablan por sí solos, pero no son los únicos signos. El informe anual sobre las capacidades militares de China que el Pentágono remitió al Congreso sugiere la posibilidad de que Taiwan responda, en caso de conflicto, contraatacando

objetivos civiles en el continente. Esto desató una ola de indignación en Pekín. El 19 de junio, el ejército de Taiwan culminó sus ejercicios militares «Han Guang XX», desarrollados con la hipótesis de un ataque con misiles continentales en 2008. El sistema de simulación, de fabricación estadounidense, y la activa presencia de asesores de aquel país en los escenarios operativos, mostraron un nivel de cooperación bilateral que no se había visto en los últimos 35 años. Al mismo tiempo, EE UU ensayaba con Japón otras maniobras para analizar estrategias de apoyo a Taiwan en el supuesto de conflicto con China. Pekín no se quedó atrás e inició maniobras en la provincia de Fujian, situada frente a Taiwan.

La compleja ecuación taiwanesa puede entrar en escenarios muy peligrosos en los próximos años. Para China, la unificación es una política irrenunciable: puede aceptar el actual *statu quo*, pero no una evolución que aleje a Formosa de la integración con el continente. Por su parte, en Taiwan, el presidente Chen está convencido de que a EE UU no le interesa una China fuerte y unida que dificultaría la consolidación de sus aspiraciones hegemónicas en el mundo.

La rivalidad estratégica tiene un fuerte peso en el delicado juego arbitral de Washington con las dos Chinas. Por un lado preferiría mantener a Taiwan alejado de la influencia política de Pekín, al menos mientras no se defina por una reforma democratizadora del sistema y se acepten las reglas de juego impuestas por Washington en los dominios esenciales de las relaciones internacionales. A corto plazo, ciertos niveles de tensión en el mar de China convenían para la campaña electoral de George W. Bush, que así podía distraer así la atención respecto a la situación de Irak.

En cuanto a la Unión Europea, es urgente que Bruselas defina su posición al respecto, como ya ha hecho el presidente francés Jacques Chirac. Hay muchos que interpretan la intensificación de la presión estadounidense sobre China a propósito de Taiwan con el envío de un mensaje a la nueva generación de dirigentes chinos: «moderen su entusiasmo europeísta».

Las encrucijadas del futuro

La magnitud de los desafíos que enfrenta China es tan espectacular como su crecimiento y la complejidad es el elemento común de las si-

tuaciones a las que deberá dar respuesta en los próximos años. En el plano interno, el mundo rural reclama un cambio de actitud del poder central, que no podrá limitarse al control macroeconómico o las reformas en el sector financiero o las empresas estatales. Desde 1998, 28 millones de asalariados de las empresas estatales han perdido su empleo y 88.000 de ellas han sido eliminadas, por quiebra, fusión o reestructuración. Son las primeras y grandes víctimas del «milagro económico».

En diciembre de 2004, Li Rongrong anunció que la reforma de las empresas estatales que dependen del gobierno central se va a relanzar en 2005. La idea principal es aligerar las 150.000 empresas que dependen de esta comisión y liberarlas de la obligación legal de asegurar todos los servicios de bienestar social (escuelas, hospitales, restaurantes, servicios de seguridad, etc.), con el fin de hacerlas más competitivas. Tres grandes empresas —China National Petroleum Corporation, China Petroleum and Chemical Corp. y Dong Feng Motors— ya han establecido acuerdos para transferir a los gobiernos locales 796 escuelas primarias y secundarias, servicios de seguridad y 94.000 asalariados o jubilados. Las demás deberían seguir su ejemplo en este año si el Consejo de Estado aprueba las propuestas de la Comisión, que incluyen el abandono las actividades secundarias para concentrarse en las principales.

Según el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, China tardará entre dos y tres años en resolver los problemas básicos del personal excedente de las empresas estatales que fue heredado de la anterior economía planificada, y completará en 2005 la transición «desde el trabajo garantizado al seguro de desempleo». Actualmente siete provincias —entre ellas Liaoning, en la Manchuria nortea, una de las más afectadas— han puesto en funcionamiento un seguro de desempleo. Las provincias y regiones autónomas que no lo han hecho se concentran en el centro y el oeste del país.

En relación con Taiwan, la derrota de Chen Shuibian en las elecciones legislativas de diciembre redujo la tensión. Una prueba de ello fue la facilidad con que se negoció el acuerdo para permitir vuelos directos entre ambos territorios con motivo del año nuevo chino. Pekín ha incluido en su Libro Blanco sobre la Defensa¹² una referencia explícita

¹² Xinhua, 27 de diciembre de 2004.

al uso de la fuerza contra cualquier intento independentista. También prevé aprobar una legislación anti-secesión que institucionalizará la reacción ante un hipotético independentismo taiwanés.¹³ La estrella de Chen parece apagarse, pero Washington tiene la última palabra acerca de la otra cara de la tensión bilateral: la adquisición de armamento moderno que pueda disuadir a la China continental de intentar una invasión fácil. Las ventas de armas a la isla son objeto de condena rotunda por parte de las autoridades chinas, que consideran que envían un mensaje equivocado a los sectores independentistas de Taiwan en el sentido que EE UU estará siempre de su lado. Taipei, por el contrario, insiste en que ese armamento es una necesidad.¹⁴

Hu Jintao tampoco podrá ignorar la necesidad de evitar tensiones con sus socios más importantes. Un ejemplo es Japón, con quien sostiene rivalidades en materia energética —por el gasoducto transiberiano o la explotación de los campos de gas en el mar de China Oriental— que se suman a las tradicionales críticas por las visitas de mandatarios de este país al templo Yasukuni, donde se recuerda a los muertos japoneses en la II Guerra Mundial, o el apoyo a Taiwan. La señal más visible del deterioro de sus relaciones en los últimos meses fue la detección, en noviembre, de un submarino nuclear chino en aguas territoriales niponas.

Las relaciones con EE UU, a pesar de los esfuerzos por expresar normalidad, siguen siendo complejas. El comercio bilateral está afectado por la debilidad del yuan, que las autoridades chinas no desean alterar por temor a los efectos sociales internos. También hay diferencias en materia de lucha antiterrorista, por ejemplo con la negativa de las autoridades estadounidenses a extraditar a prisioneros de origen chino (uigures), como reclama Pekín. Su posición en la cuestión de Corea del Norte tampoco sigue a ciegas la de Washington. Las críticas del ex ministro de Asuntos Exteriores Qian Qichen a la presidencia de Bush, en vísperas de las elecciones de noviembre en EE UU, reflejan este estado de ánimo.

La relación con Rusia es menos problemática, pero no puede afirmarse que la asociación entre ambos países, calificada de estratégica, se

¹³ Xinhua, 27 de diciembre de 2004. La legislación se aprobó el 14 de marzo de 2005 (N. de la E.).

¹⁴ Agencia Central de Noticias, 20 de enero de 2004.

haya traducido en una cooperación de alto nivel. Una muestra fue el fracaso del proyecto de gasoducto Angarsk-Daqing que pretendían las autoridades chinas.

Éxitos importantes y problemas de gran calado conviven en esta China del siglo XXI, a la que nadie puede ya impedir convertirse en actor internacional de primer nivel pero que aún puede deparar inquietudes. La mayor urgencia debería centrarse en la recuperación de los equilibrios internos. Como decía Confucio, no son las riquezas sino la justicia las que hacen a un estado próspero.